

TRIBUNA DE

LA VANGUARDIA

6035

XV ANIVERSARIO «BON SEJOUR, MONSIEUR SAGARRA»

MI buen amigo Horacio Sáenz Guerrero me pide unas cuartillas sobre mi padre con motivo de cumplirse mañana el aniversario de su muerte. En menudo aprieto me pone usted, señor director, pues si de por sí ya resulta comprometido escribir sobre el padre de uno, más habrá de serlo cuando el padre es un personaje popular sobre el que tanto y tan atinadamente se ha escrito con anterioridad a estas torpes líneas mías. Por otra parte, no creo andar enquivocado al pensar que el Josep Maria de Sagarra que se aguarda ver aparecer en estas líneas es el Sagarra más o menos íntimo, el Sagarra hogareño, el Sagarra-padre, vamos, el Sagarra tal y como lo ve su hijo. Pues bien, ocurre que ese Sagarra, el Sagarra que le cantaba el pequeño, muy bajito, la «Cançó del lladre» para que éste se durmiera, el que en el valle de Nuria me cazó mi primer apolo y en la terraza del «Flore» me mostró mi primer surrealista, el que me obsequió con mi primer libro —una narración francesa para niños sobre los viajes del navegante La Pérouse—, el que me llevó a ver a los hermanos Fratellini, a escuchar a La Piaf y a la Comédie Française; al que yo acompañaba cada domingo a Casa Llibre a comprar lionesas de nata y tocínillos de cielo —¡qué goloso era mi padre!— no sin antes dar un largo paseo por los alrededores de Santa Maria del Mar, el barrio de su infancia, aprovechando el detalle más insignificante parairme revelando una Barcelona gremial, rica y viva, infinitamente más rica y viva que aquella Barcelona triste de los años cuarenta que nos había tocado en suerte. Aquel Sagarra que al iniciarse el curso escolar y llegar yo a casa con mi flamante libro de Historia de España, me lo cogió de las manos, lo hojeó, se le dibujó en el rostro una mueca de disgusto y —lo recuerdo como si fuera hoy— tomó de la biblioteca los tres tomos de la «Historia de Catalunya» de Ferran Soldevila y me los entregó sin añadir una sola palabra. Ocurre con aquel Sagarra, que el hijo, mostrando un escaso respeto por las teorías del gran matón del psicoanálisis, ha terminado por conver-

tirlo en su compañero, en un verdadero cómplice de sus correrías —y de sus fechorías— ciudadanas y puede garantizarles que las lágrimas de alegría, la mueca de disgusto y la olímpica y justiciera carcajada del hijo hallan en las lágrimas, la mueca y la carcajada del padre, que aquél escucha limpia y rotunda, plena de confirmación de esa complicidad.

Ambos cómplices, padre e hijo, se han guiñado el ojo al ver en el bar de la Universidad a un chico absorto en a lectura de «Vida privada», como se lo han guiñado al ver la atención que los papeles prestan a la persona y las opiniones de su viejo y común amigo el presidente Tarradellas; juntos han aplaudido al doctor Jordi Rubió el día que le hicieron entrega del primer «Premi d'Honor» y juntos se tomaron un último Picon en la terraza de «La Lluna» y el hijo pudo ver como al llevar el padre la copa a sus labios evocando su plaza de Catalunya —«Aquella terrassa del Colom!», suspiró Sagarra— se emocionaba y le temblaba la papada como una jalea de fresa. Y ante el jardín potager de la política local, con más siglas que tomates auténticos, juntos han soltado la carcajada y han recitado los versos de ayer y de hoy:

Verge de la vall de Núria,
voltada de diputats,
gent política de cúria
vestits i desarrapats,
veins del carrer de Llúria,
o només aficionats,
Verge de la vall de Núria,
ja estem ben atabalats!

Juntos han paseado por las Ramblas y el padre, dando la espalda al Ateneu de la vergüenza, se ha puesto un clavil en la solapa y se ha llevado a su hijo a cenar a «Casa Leopoldo», el mismo restaurante donde solía llevarle cuando era apenas un niño, antes que ese niño, desde un palco del teatro Romea —al pasar delante de ese teatro camino del restaurante, el padre

ha guardado un elocuente silencio—, viera a su padre salir al escenario y besar la mano de la gran Maria Vila en medio de una cerrada ovación. Y ya de madrugada han vuelto a subir por las Ramblas que cada vez son más y menos suyas y ambos han respirado aquel «perfum d'un gra d'all autèntic, aquest gra d'all que fa que els pardals no es morin a la Rambla, i els mariners encara que estiguin completament saturats de "manzanilla", puguin arribar a bord amb un brot de farigola a l'orella».

Pero hay momentos en los que la complicidad entre ambos resulta francamente difícil. Como le ocurrió al hijo el día que su amigo Ovidi Montllor compareció por su casa y le comunicó que había puesto música a unos versos de su cómplice:

Vinyes verdes vora el mar,
ara que el vent no remuga,
us feu més verdes i encar
teniu la fulla poruga,
vinyes verdes vora el mar.
.....

Vinyes verdes vora el mar,
verdes a punta de dia,
verd suau de cap al tard...
Feu-nos sempre companyia,
vinyes verdes vora el mar!

Entonces, el hijo se acuerda de que su cómplice es además un gran poeta y se mira a su padre con un gran cariño y un profundo respeto y bajo la mirada que quiere parecer distraída del padre y que pugna por disimular a su vez una cierta emoción le cuenta a su amigo la anécdota de «Les Nouvelles Littéraires».

Ocurrió en un pueblecito del sur de Francia donde mis padres se habían instalado, lejos de París ocupado por los alemanes. Sagarra era un catalán que había huido de España —la FAI le había ido a buscar dos veces a su domicilio— desde el Port de la Selva en un coche con dos policías enviado por la Generalitat. Una mañana

un par de gendarmes se presentaron en nuestra vivienda del pueblecito marinero preguntando por mi padre. Por lo visto había contra él no sé que acusaciones relacionadas con la ayuda prestada a un judío escapado de un campo de concentración alemán —en efecto, mi padre le ayudó—. Los gendarmes querían saber quién era mi padre y éste, sospechando que su escasa documentación de poco iba a servirle, les alargó un ejemplar del semanario «Les Nouvelles Littéraires» con fecha 2-1-1937 en el que encima de su fotografía y a grandes titulares podía leerse: «Sagarra, le grand écrivain catalan est à Paris». Los gendarmes leyeron atentamente el contenido del artículo-entrevista que firmaba Elie Richard y cuando lo hubieron terminado saludaron militarmente a mi padre al tiempo que le decían: «Bon séjour, monsieur Sagarra». Y no se volvió a hablar del asunto del judío evadido.

¿Qué decía el artículo-entrevista? Pues en él mi padre decía lo siguiente: «El único mérito de cuanto he hecho, en el caso de que haya algún mérito en ello, ha sido el de trabajar en la normalización del catalán, en la formación de nuestra nueva lengua, moderna, viva, popular, en el más noble sentido de la palabra (...) Para mí sería muy doloroso el tener que renunciar a mi modesto papel: poeta de mi patria y de su lengua. Qué desespero si tuviese que aprender otra lengua para poderme expresar, para expresar lo que siento... Soy catalán y soy liberal. Y seguiré siéndolo aunque en la tierra sólo quedemos una docena de liberales...»

Y es recordando esa anécdota que mi padre me contó con viva emoción que el hijo al descubrir al fantasma de su cómplice en la barra de un bar en la que han quedado citados para iniciar sus correrías ciudadanas, el hijo, que como habrán podido comprobar es un podrido sentimental, suele saludar a su padre con una sonrisa y con aquellas mismas cuatro palabras de los gendarmes: «Bon séjour, monsieur Sagarra».

Joan de SAGARRA